

# Las doce campanas del Miguelete en el vuelo del día de Corpus

Cuatro tiples de metal a dúo. 18 toneladas de bronce despiertan a los valencianos con su campaneó. Villancicos al amanecer, Campanero por tradición familiar.

Mucho se ha transformado la hermosa ciudad de Valencia y son ya varios los edificios que sobrepasan en altura al Miguelete; pero el viejo campanario, que a pesar de las injurias del tiempo aún conserva su donosa silueta, queda como mudo testimonio de la continuidad, a través de los siglos y de las contiendas de los hombres, en el corazón de la primitiva Valencia.

Está muy arraigada entre los valencianos —más que en ninguna otra parte— la bulliciosa costumbre de voltear las campanas como manifestación de júbilo en los días festivos que conmemoran al santo patrón del lugar. Al referirnos a Valencia no nos circunscribimos a la capital del antiguo reino, sino a todas las otras ciudades y villas enclavadas en la soleada y rica geografía valenciana. Concretamente en el Miguelete el tañido de sus doce campanas adquiere resonancias sublimes en el gradioso volteo general de la víspera y día de Corpus, único tan solemne durante el año, en honor a la más alta exaltación de la Eucaristía, de la que Valencia guarda desde 1424 la inapreciable joya del Santo Cáliz de la Cena, donde se realizó el portentoso misterio, tan fervientemente festejado en Valencia.

Con la timidez de la claridad del alba, pálida y tibia, se inicia el campaneó del día con el vuelo llamado del Retorno; entra en acción vibratoria la campana «Catalina», replicada por la «Eloy», las dos mejores campanas que hay en la torre. A continuación empiezan a voltear todas las campanas de menor a mayor en suave diapason hasta alcanzar una apoteósica trepidación: «Ursula», «Eloy», «Violante», «Catalina», «Barbara», «Pablo», «Vicente», «Narciso», «Andrés», «Manuel», «Jaime» y «María», 18.079 kilos de bronce armoniosamente dirigidos por los hábiles y expertos volteadores que con el clamor de tales campanas despiertan y anuncian a los valencianos la solemnidad del Corpus Christi. Un cuarto de hora tiene de duración este vuelo inicial en la quietud del amanecer, cuando el sol tiñe de carmesí los rascacielos de Valencia y los jilgueros y gorriónes en la frondosa arboleda de sus jardines desgranán la jubilosa sinfonía con que saludan al naciente día. Seguidamente el impresionante toque de villancicos que se ejecuta con las cuatro campanas tiples: «Ursula», «Eloy», «Catalina» y «Violante», acompañadas por la campana mayor, la poderosa «María», con su inconfundible tono de fa natural. Este acompasado y excepcional vuelo de cuatro voces blancas sólo se toca en Corpus y el día del titular de la Catedral; a continuación, repetición del volteo general.

A las nueve horas y media de la mañana cuatro campanas convocan a los canónigos a coro propio de la festividad del día: «Catalina», repicando con «Eloy», forma un maravilloso dúo con «María» y «Ursula», noventa y un quintales admirablemente combinados por los campaneros. Este armonioso volteo da paso a un tremolante volteo general. A las diez horas los tres clásicos toques que anuncian el comienzo de la misa mayor, con acompañamiento del incomparable revuelo; cesando luego toda actividad en el campanario hasta el anuncio, por medio de la campanilla del cimborrio, del momento de volver a actuar con repetidos toques, exteriorizando la exaltación fervorosa del majestuoso oficio religioso. Tras el prolongado descanso del vigia puesto al acecho y muy atento al primer aviso, cuando éste se produce exclama estentóreo: «¡El cimborrio!». El campanero —Enrique Pla, hijo de campanero—, raudo por la circulante plataforma, pone en marcha la tremente masa de bronce y roble gobernada por brazos fuertes y cuerdas dóciles a las manos que las sujetan; los hombres de que dispone todos en sus puestos, preparados como soldados; «¡Ursula!», ordena enérgico el campanero, y ya no vol-

verá a pronunciar otro nombre; a partir de este mandato el único clamor impedirá el uso de la voz como medio de comunicación.

A muchos metros por debajo de las campanas, en el templo, el sacristán mayor presiona la cuerda y la vibración llega a la campanilla del cimborrio y ésta anuncia en el momento oportuno el «Sanctus»; la imposición de manos sobre el cáliz antes de la consagración; el acto sublime de alzar a Dios... El campanero, en pleno dominio de la situación, lanza a los volteadores en un furor de arrebató, como poseidos de un sobrehumano frenesí. Con expresivo gesto de ademanes, sin palabras, ordena y dirige la ensordecedora broncería: «¡Ursula!» —a quien los campaneros antiguos llamaban el timbre—, «¡Eloy!»... «¡Violante!»... «¡Catalina!»; 1.488 kilos de voces finísimas. A las primeras vueltas de estas campanas candorosas entran en el concierto las de tonos medios: «¡Barbara!»... «¡Pablo!»... «¡Vicente!»... «¡Narciso!»... «¡Andrés!», la marinera; 124 quintales de metal sonoro perfectamente fundido. Sin intervalos de tiempo complementan el vuelo las tres campanas mayores: nueve toneladas de bronce bruñido: «¡Manuel!»... «¡Jaime!»... «¡María!»... la campana mayor (3.950 kilos), la misma que fundió Pedro Clarachet hace 420 años.

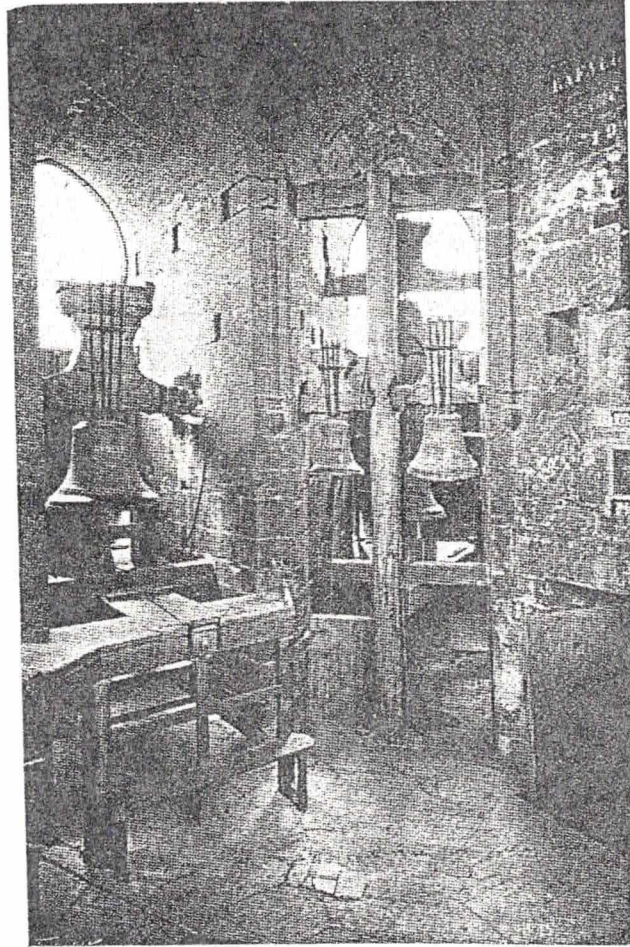
Las doce campanas a todo voltear, como empujadas por incontenible huracán, producen tal trepidación en la plataforma del Miguelete que el tremor del yáiven borra toda sensación de vida real. Los hombres más fuertes empujan, pegados a la trucha, las de mayor peso; las medianas y ligeras, con las recias cuerdas en manos de sus infatigables volteadores, vibran con un clamoreo embriagador. La movilidad de desplazamiento del campanero mayor es asombrosa; está a la vez cogido a las clavijas de las truchas para facilitar la vuelta más rápida de los tonos graves, como acude presto a tensar una cuerda que frene el loco campanilleo de las más ligeras. El gran revuelo de las doce campanas está perfectamente equilibrado por señas. Al alcanzar el máximo apogeo el campaneó toma proporciones vertiginosas; el rítmico volteo permite distinguir las diferentes voces de las valiosas campanas acreditando la destreza de sus fundidores: Juan de la Viña, Trilles, Billama, Bielsa, Clarachet...

De entre todas destaca inconfundible la «Catalina», única que subsiste sin haberse quebrado nunca; data de 1350 y fue hecha por el célebre fundidor Fenollet; su tono es de 71 comas más que la «María» y la sigue en diaphanía de sonido la «Eloy», con alma de plata, ya que procede del antiguo gremio de plateros.

Por la tarde, al salir el Santísimo Sacramento de la Catedral en procesión triunfal, vuelven las doce campanas a su fervoroso arrebató; cesa el campaneó hasta que la venerada custodia con el Señor expuesto llega a la plaza de la Reina. Al distinguirla desde el Miguelete, campaneros y campanas se desbordan en un delirante frenesí que termina con la entrada en la Catedral, maravillosos momentos que inspiraron al inolvidable compositor valenciano don Salvador Giner Vidal el brillante final de su imperecedero poema sinfónico «Es xopà hasta la Moma». El toque de las campanas va amortiguándose de mayor a menor, se inicia la calma y enmudecen: «María», «Manuel», «Andrés» (¡la marinera!), «Narciso», «Vicente», «Pablo», «Barbara», «Catalina», «Violante», «Eloy» y «Ursula» (el timbre), que por unos instantes voltea solitaria...

La fragancia del incienso que sale por el afligridado cimborrio, un primor de piedra cincelada, se une al júbilo indescriptible del campaneó y juntos se elevan al infinito, a través del intenso azul del cielo valenciano.

RAFAEL ROCA MIQUEL



Un ángulo del recinto de campanas del Micalet.  
(Fotografía de Fabert, publicada en 1909.)